



CRITICA

Rubén Darío en García Lorca

Jaime Serrano Mena

En el poema Balada Triste nos transmite sus recuerdos de incertidumbres que le acompañan desde muy tierna edad, y no lo abandonarán nunca, incomprensiones, inestabilidad e inseguridad dejan su huella marcada en el poeta a lo largo de su corta existencia:

“Yo siempre fui intranquilo, niños buenos del prado,
 el ella del romance se sumía
 en ensoñares claros:
 ¿Quién será la que coge los claveles
 las rosas de mayo?
 Y por qué las veran sólo los niños
 a lomos de Pegaso?”

Antes Darío se había sumergido en la esperanza y la desesperación, en la fuerza interior que viene de Dios, intensa inquietud al aproximarse la incerteza del futuro pero con la seguridad que casi todo estaba realizándose por designio divino:

“El dueño fui de mi jardín de sueños, / lleno de rosas y de cisnes vagos;... / Potro sin freno se lanzó mi instinto, / mi juventud montó potro sin freno; / Más, por gracia de Dios, en mi conciencia el Bien supo elegir la mejor parte;...”

Pero el poeta dentro de la inquietud que acogía a su alma, en el afán de encontrar seguridad exclamó:

“Toda cima es ilustre si Pegaso la sella, y yo, fuerte, he subido donde Pegaso pudo”.

Aproximaciones que la campiña y los verdores de los campos tropicales, dejaron correr el velo de las inestabilidades y temores infantiles que acompañaron a estos poetas. El eco rubeniano se dejaba sentir en García-Lorca, el sonido musicado, el ritmo acompasado y la sonoridad.

“¡Oh cisne moreno! cuyo lago tienes / lotos de saetas, olas de naranjas / y espumas de rojos claveles que aroman los nidos marchitos que hay bajo las alas”.

También encontramos otra sombra de nuestro poeta, dibu-

jada por el sentimiento romántico de García Lorca que lleno de pasión y recuerdos estremecido por la lúgubre morada de la princesa enamorada que entre la niebla azul y los claveles rojos, descansa en el valle profundo y desolado.

“¿Tienes los ojos negros abiertos a la luz?
 O se enredan- serpientes a tus senos exhaustos...
 ¿Dónde fueron tus besos lanzados a los vientos?
 ¿Dónde fue la tristeza de tu amor desgraciado?”

Darío canta a la materia inmóvil, inerte, fría, en un momento de soledad y hastío, decepción o incertidumbre, o estado de enfermiza depresión que el poeta es abatido por momentos:

“Dichoso el árbol que es apenas sensitivo, y más la piedra dura porque esa ya no siente, pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
 Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
 ¡Y no saber a dónde vamos, ni de dónde venimos!...”

García Lorca, sensitivo y lleno de ternura pero también lleno de apreciaciones de la vida que le rodea, encara y responde suavemente a lo manifestado por el nicaragüense:

“Dichosos los que nacen mariposas / o tienen la luz de luna en su vestido.

¡Dichosos los que cortan la rosa / y recogen el trigo!

¡Dichosos los que dudan de la muerte teniendo Paraíso / y el aire que recorre lo que quiere seguro de infinito!

Dichosos los gloriosos y los fuertes, los que jamás fueron compadecidos, los que bendijo y sonrió triunfante / el hermano Francisco”.

Las nuevas corrientes, los nuevos impulsos de la esperanza, habían despegado con el advenimiento de Azul, incidiendo decididamente en los poetas del 98. Darío inició una nueva época, una renovación literaria que abrió de par en par las ventanas de las formas poéticas. García Lorca sufre la influencia directa de los poetas españoles antes mencionados, como también de los

Rubén Darío...

Página 2

no menos importantes Ricardo Baroja, Jacinto Benavente, Valle-Inclán

Campoamor, Menéndez y Pelayo, los nobilísimos (posteriormente representantes del Modernismo) Ramón Pérez de Ayala, Francisco Villaespesa, Emilio Carrere, los dramaturgos como Joaquín Dicenta y Angel Guimerá. Azul levanta revuelo, son los ojos del cielo, son las alturas de donde se desprenden los rayos del sol para dar vida, es el rayo de amor que encierra corazones, es el arte, las alas de las mariposas, las irradiaciones inmortales, el númen, el encanto de los sueños, la profundidad del océano, son las fantasías, los ensueños, “y el corazón ávido de amor, siempre abierto a la esperanza”.

García Lorca se envuelve en la sombra del “azul”, a lo largo de sus poemas y deja una pincelada del color de la esperanza, pero sin omitir Azul, que marca y remarca todo el Modernismo, como un soneto. Dejaremos algunas marcas del “azul” del poeta español, aunque hay muchísimos, muchos más azules en los primeros años de su producción:

Canción otoñal (1918):

“¿Si el azul es un ensueño, qué será de la inocencia?...”

Balada Triste (1918):

“...Ella era entonces para mi el enigma, estrella azul sobre mi pecho intacto...” Mar (1919):

“El mar es
el Lucífer del azul

Prólogo (1920)

“... guardate tu cielo azul
que es tan aburrido...”

Ritmo del otoño (1920)

“...El azul es imposible. Creíamos alcanzarlo cuando niños.

De las águilas es todo el azul

Porque el azul lo tienen las estrellas entre sus claros brillos
y los ojos se cierran comprendiendo todo el azul?”.

El poeta granadino canta, y canta con voz fuerte sobre todo en las piezas de teatro, el convulsionado movimiento político-social que vive la patria. Los temas están con la temporalidad del acontecimiento, yuxtapuesto con los elementos de un mundo presente, pero también ausente de tiempo, vivenciado con realismo no con simbolismo del mundo desencantado que le rodea y fulmina.

Encontramos más que similitudes, semejanzas que identifican a Darío y García Lorca, porque independientemente de la influencia, asimilación o absorción que pudo haber realizado el gran poeta español, sobre la obra de Rubén, también no es menos cierto el impulso que realiza de manera primaria la obra de García Lorca, como algo que no adormece ni adolece en originalidad y personalidad. Es una gama de posiciones, superposiciones, estudio y conocimiento de la vida española, que abrieron un corazón de fragancias hacia el despertar de las cosas más triviales y sencillas del quehacer diario, pero con la importancia que es mostrado con tanta fineza que el lector se introduce en la obra, como si fuera la participación e interpretación de un acontecimiento que nos sucede a cada uno de nosotros.

La transparencia es agua cristalina, que recorre salpicando no sólo en los poemas que hemos encontrado el reflejo de la prístina luz de Darío, sino también en su magna obra teatral, vibrante, romántica, impulsiva y cuestionante, pero que la corriente modernista permitió la fluidez y diafanidad de toda la expresividad en García Lorca, recreando con figuras que nos llevan desde España hacia América y desde España hacia el corazón de España, toda una metamorfosis inductiva-deductiva y viceversa, pero tan nuestra que parece no haber salido de nuestras fronteras, o estar regresando corregidas aumentadas y completadas en algunas facetas que nuestro Rubén no penetró, y sin restar méritos a aquel, su obra es toda una poliedricidad de ricos y vivos elementos que lo ubican en primerísima fila de la literatura española.

Diriamba 30 de Julio de 1990